LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO IX — BARCELONA 3 DE MARZO DE 1890 — NÚM. 427

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

LUIS FELIPE ROBERTO, DUQUE DE ORLEANS

copia de una fotografía reciente

La resonancia que ha tenido en la nación vecina el acto llevado á cabo por el joven duque Luis Felipe Roberto de Orleáns nos induce á incluir el retrato de este príncipe francés entre los grabados del presente número.

El duque de Orleáns, hijo de Luis Felipe Alberto, conde de París, y de Isabel de Orleáns y de Borbón, hija del duque de Montpensier, nació en Twickenham el 6 de febrero de 1869, habiendo cumplido por tanto en igual fecha del mes próximo pasado, 21 años. Con tal motivo, y á pesar del destierro impuesto á todos los individuos de su familia por una ley votada en 1886 por las Cámaras francesas, se presentó inopinadamente en París, alegando, para justificar su contravención á lo dispuesto en dicha ley, que, como ciudadano francés y acabando de cumplir la edad de 21 años, quería inscribirse en las listas de reclutamiento y prestar su servicio como soldado raso en el ejército de su patria. Así lo ha manifestado al delegado del prefecto de policía que pasó á detenerle al hotel del Duque de Luynes, en el que se hospedaba; así lo ha dado á entender explícitamente en todas sus declaraciones, y así por fin lo ha hecho saber en la siguiente carta que, escrita en lenguaje respetuoso y expresivo, ha dirigido al Presidente de la República inmediatamente después de su detención:

«Conserjería 8 de febrero.

»Señor Presidente.

»En 1886, el gobierno de M. Julio Grévy me arrojaba de mi patria.

»En 1890, vuestro gobierno hace más, me arroja en una prisión.

»En el momento en que, por segunda vez, se me hace sufrir un dolor inmerecido, creo de mi deber y de mi honor exponeros por escrito cuál es la única idea que me ha guiado.

»He venido sencillamente, en el mismo día en que cumplí veintiún años, y á pesar del luto de mi familia, á inscribirme en la caja de reclutas del Sena para prestar mis tres años de servicio como soldado en el ejército de mi patria.

»Apelo á cuantos sienten en su corazón el amor de la profesión militar y de la bandera tricolor, el recuerdo de las glorias de Francia así como el de sus heridas, el sentimiento de lo que todo francés debe á su patria.

»No temo su juicio.

»Y creo también, señor presidente, que no debo temer el de vuestra conciencia.

»Si os consideráis honrado, y con razón, de contar entre vuestros antepasados un gran nombre patriótico, ¿extrañaréis que yo invoque la memoria de tantos príncipes, abuelos míos, muertos por servir á Francia en los campos de batalla, y que, nieto de Enrique IV, pida ser soldado raso?

»Ruégoos, señor presidente, que aceptéis la seguridad de mi consideración más distinguida.

»FELIPE, *Duque de Orleáns.*»

Entregado á los tribunales, éstos no obstante la alegación del joven duque, quien manifiesta que su acción está inspirada por el más acendrado patriotismo y es enteramente ajena á toda mira política, le han sentenciado, ateniéndose al texto de la ley, á sufrir el minimum de la pena señalada en ella, ó sea dos años de prisión correccional.

Según creencia general en Francia, es probable que el presidente de la República le indulte, y por consiguiente que en breve pueda reunirse en el extranjero con su familia, la cual ha aprobado el paso dado por el joven duque; pero mientras tanto ha sido extraído secretamente de la Conserjería, para evitar toda manifestación que pudieran hacer los partidarios de la monarquía, y trasladado á la casa correccional de Clairvaux ó Claraval, donde deberá extinguir su condena, si antes no recibe el indulto.

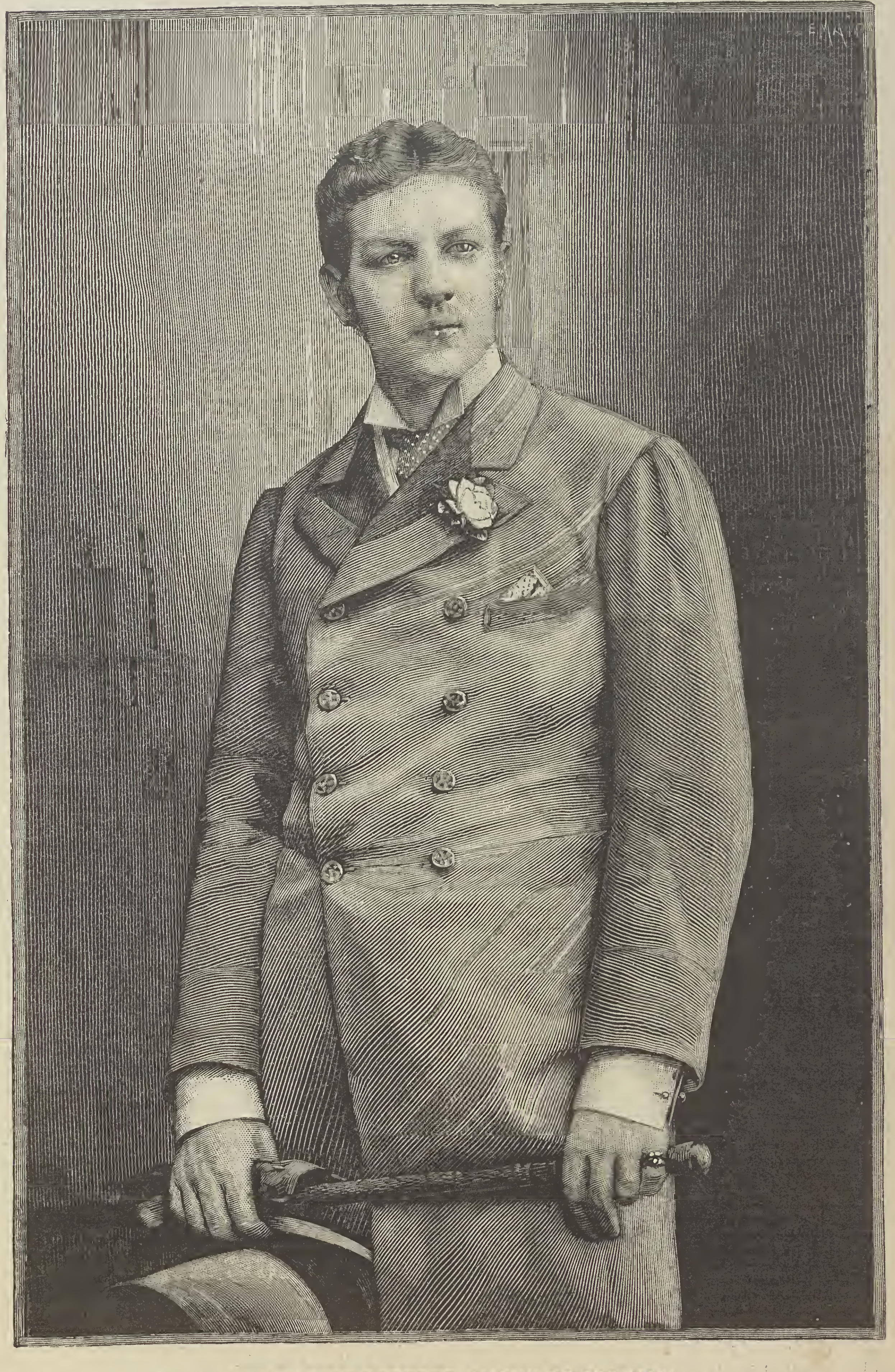
REPÚBLICA DEL BRASIL

Nueva Bandera. — Monedas. — Sellos

El cambio de régimen político ocurrido en el Brasil ha introducido en la naciente República algunas modificaciones de detalle que creemos oportuno indicar, reproduciendo en varios grabados los sellos y monedas adoptadas así como la bandera nacional.

La bandera. – Conserva sus antiguos colores y forma: un rombo amarillo en campo verde. Pero en lugar del escudo imperial figura hoy una esfera azul, con una faja ó zona blanca de izquierda á derecha, la cual contiene el lema: *Orden y progreso.* En la esfera hay ventiuna estrellas, colocadas como las de la constelación de la Cruz del Sur, en representación de los veintiún Estados de la nueva Confederación.

I. *Sellos de correos.* – Todos los de periódicos tienen la misma for-



LUIS FELIPE ROBERTO, DUQUE DE ORLEANS

copia de una fotografía reciente

ma representada en el grabado, habiéndolos desde 10 reis hasta 1000 que es el mayor. Ni los sellos de valores declarados ni los de periódicos llevan la Cruz del Sur; excepción indispensable para distinguirlos de los que sirven para franquear las cartas. El valor de los sellos de valores declarados varía entre 100 y 1000 reis, lo mismo que los de franqueo.

II. *Sellos del Tesoro.* – Todos tienen el mismo dibujo; pero varían los colores según su valor. Hay de tres clases, de tres tamaños: para los valores de 100 á 1000 reis; para los de 1.000 á 10.000 y para los de 10.000 á 50.000.

III. *Letras del Tesoro.* – Todas tienen como emblema principal la Cruz del Sur rodeada de 21 estrellas que representan los 21 Estados; en la última concéntrica está el exergo: *República dos Estados unidos do Brasil.* Su valor es de 1.000 á 50.000 reis, y hay cinco clases, cada cual con diferente dibujo.

IV. *Sellos telegráficos.* – Como los sellos del Tesoro, tienen los mismos valores y el mismo tamaño marcando estos valores: centenares, millones y decenas de millar de reis. Los colores son iguales á los que llevan los valores correspondientes en los sellos del Tesoro y en los de correos. Se distinguen de los demás en que figuran en ellos la Cruz del Sur y las 21 estrellas, con un haz de rayos, emblema de la electricidad.

V. *Marcas del Tesoro, de las Monedas y de los Ministerios.* – Estas marcas están en vías de ejecución en la Casa de Moneda. Todas llevan la Cruz del Sur y las 21 estrellas rodeadas del exergo: *República dos Estados unidos do Brasil*, con el nombre del ministerio, de la dirección, sección ú oficina especial que debe usar la marca.

S. A. R. D. ANTONIO M.ª FELIPE DE ORLEANS

duque de Montpensier

El día 4 de febrero último falleció repentinamente en su posesión de la Breva, en Sanlúcar de Barrameda, el personaje cuyo retrato incluímos en este número.

Era el duque de Montpensier el menor de los cinco hijos de Luis Felipe I, rey de los franceses, y habiendo nacido en 1824, tenía á su fallecimiento sesenta y seis años próximamente. Después de hacer sus estudios en el colegio de Enrique IV en París, ingresó en clase de teniente en el tercer regimiento de artillería francesa, fué destinado á Argelia, y en la guerra sostenida allí por su pátria, tomó parte en la expedición contra Biskra en 1844, y en la campaña del Zibau, ascendiendo por méritos de guerra al empleo de jefe de escuadrón; volvió á Francia y al poco tiempo pasó de nuevo á Argelia á pelear contra las kabilas insurrectas: después efectuó un largo viaje por los países de Oriente, y en 1845 era general de brigada y jefe del parque de artillería de Vincennes.

En 1846 contrajo matrimonio con S. A. R. la infanta de España D.ª María Luisa Fernanda, y cuando el destronamiento de su padre, trasladó su residencia á España estableciéndose en Sevilla.

No tomó parte en la política de nuestro país hasta poco antes de la revolución de setiembre; entonces trabajó bastante por su triunfo, y de todos es conocido el apoyo que prestaron al duque algunos conocidos hombres políticos para que ocupara el trono vacante. Fracasada su candidatura, se retiró á la vida privada de la que no volvió á salir, ocupándose con gran inteligencia en administrar su cuantiosa hacienda.

Habiendo residido casi siempre en su palacio de San Telmo en Sevilla, establecióse últimamente en el magnífico palacio que poseía en Sanlúcar de Barrameda, situado en la parte alta de esta ciudad; y allí, en su gabinete de despacho, transformado en capilla ardiente, fué expuesto el cadáver hasta su traslación á Madrid y ulterior enterramiento en el monasterio del Escorial.

El duque de Montpensier era infante de España desde 1859, capitán general del ejército español, caballero del Toisón de oro, gran collar de Carlos III, gran cruz del Mérito militar, de San Fernando y de San Hermenegildo, lugarteniente general de la orden de Montesa, caballero maestrante de Sevilla, Ronda, Granada y Valencia y comendador mayor de Aragón en la orden de Calatrava. Había tenido siete hijos, de los cuales sólo viven dos, la actual condesa de París y el infante D. Antonio, casado con la infanta D.ª Eulalia.

A él se deben, entre otras obras notables, la restauración y embellecimiento del palacio de San Telmo en Sevilla, la del histórico convento de Sta. María de la Rábida en el que albergó á Colón el P. Fray Juan Pérez de Marchena, y la de la casa de Castilleja de la Cuesta, en la que murió Hernán Cortés.

LA AMAZONA, cuadro de E. Joorss

La elegante amazona, efectuando al aire libre esa operación postrera del arreglo del traje, que, sin saber por qué, ninguna mujer ha de hacer en su gabinete, esto es, la de ponerse los guantes, se dispone á bajar al jardín en busca de su manso palafrén para dar un paseo por el campo. Pero esta dama debe ser, además que elegante jinete, atrevida cazadora, y así lo demuestra la actitud de sus lebreles, que parecen preguntarle porqué en esta como en otras ocasiones no los lleva á levantar y cobrar las liebres y perdices que ella, con certera puntería, sabe entregar á su ardor.

Este asunto que, tal como está presentado, se presta al lucimiento de un artista por los contrastes de colorido que ofrece, ha sido felizmente interpretado por el autor del lienzo que reproduce nuestro grabado, siendo de admirar en él, no tan sólo el partido que ha sabido sacar de tan sencilla idea sino la corrección del dibujo, las actitudes tan naturales de la dama y de los perros y el ambiente primaveral que en toda la obra campea.

EL EMPERADOR CARLOS V
HUYENDO DE MAURICIO DE SAJONIA

cuadro de G. A. Closs

Conocidas son de cuantos hayan leído la historia patria la doblez y falsía con que Mauricio de Sajonia pagó los favores y distinciones que le había prodigado el emperador. Mientras éste confiaba en su apoyo para las guerras que sostenía con los príncipes protestantes de Alemania, alióse Mauricio con ellos, y puesto al frente de su ejército, se encaminó á Inspruck, donde Carlos se hallaba desprevenido y muy ajeno á la traición de su protegido, el cual intentaba apoderarse de él; mas cuando llegó el príncipe sajón á Inspruck hacía pocas horas que había partido el emperador.

Aquel Carlos V que había subyugado la Alemania, y cuyo inmenso poder tenía poco antes asombrado al mundo, tuvo que huir de Inspruck en una noche lóbrega y tempestuosa, llevado en una litera porque la gota no le permitía marchar de otro modo, con los caballeros de su corte, á caballo unos y á pie otros, teniendo que franquear las montañas del Tirol por veredas desconocidas, alumbrándole con hachas de viento sus criados, y de esta manera, y atravesando siempre ásperas montañas, pudo refugiarse en Villach, pequeña ciudad de Iliria.

El autor del cuadro que reproducimos ha trazado en él con sorprendente verdad uno de los varios episodios de esta incómoda marcha. Un temporal de viento y nieve, que poné á prueba el aguante y la paciencia de la escolta del emperador, asalta á la comitiva en lo más áspero y escabroso del monte, de tal suerte que los conductores de la litera en que va el emperador apenas pueden seguir adelante, y que hombres y caballos se ven poco menos que detenidos en su marcha.

M. Closs, uno de los más hábiles discípulos de la floreciente escuela de Munich, ha dado á conocer en esta obra sus relevantes dotes de pintor de historia, echándose de ver en ella á la vez que buen sentido en la composición, toques dados con destreza suma y un bien entendido estudio de los efectos.

SUPLEMENTO ARTISTICO

LA VISITA EN LA SALA DE UN HOSPITAL

cuadro de D. Luis Jimenez

que alcanzó el premio de honor de la Sección española de pintura en la reciente Exposición Universal de París

Recordarán sin duda nuestros lectores que al otorgar el jurado de Bellas Artes de dicha Exposición las recompensas á las obras más sobresalientes, trabajó principalmente *pro domo sua*, concediendo á los artistas franceses doce medallas de honor de las treinta destinadas á los de todas las naciones, inclusa Francia. Una sola medalla fué otorgada á los españoles, y esta la alcanzó D. Luis Jiménez, por su cuadro *La visita en la sala de un hospital*, en el cual se ve al Director de la clínica auscultando á una enferma, á la que sostiene incorporada el ayudante de la sala, mientras en rededor del lecho se agrupan los alumnos, atendiendo las observaciones del profesor y tomando apuntes de ellas.

Conforme con el juicio que al distinguido crítico Armand Gouzien ha inspirado esta obra, creemos oportuno reproducir lo que acerca de ella dice en un notable artículo sobre la Exposición española de pintura en el último certamen de París.

«El gran Jurado internacional, compuesto de eminencias artísticas de todos los países, ha propuesto para la más elevada recompensa á la más importante manifestación de arte moderno que figura en la Sección española: *La Visita al hospital*, por Luis Jiménez. A pesar de todas las solemnidades históricas; á pesar de todas las ceremonias pomposas que la rodean; á pesar de los reyes, príncipes, prelados, que hacen gala junto á este modesto cuadro de sus magnificencias, esta página, arrancada á la vida cruel del hospital, nos atrae y nos conmueve, dándonos la sensación intensa de la realidad, vista sencillamente y fielmente traducida. La sola crítica que podría formularse, sería tal vez el rebuscamiento sobrado concienzudo del detalle, la minuciosa ejecución de ciertas partes que el artista habría podido resumir de un modo más somero; pero vale más pecar por este exceso de conciencia y de estudio que por el exceso contrario, y esta observación no menoscaba en lo más mínimo el mérito de la obra, que se impone á todos por cualidades de primer orden. Saludemos en ella, como los jurados lo han hecho, la muy notable tentativa de un pintor que, después de haber resucitado el siglo XVIII en cuadritos encantadores, tiene el valor de lanzarse al combate moderno y la dicha de salir vencedor de la refriega. Esta victoria será seguramente discutida por sus rivales, no hay que dudarlo; pero quizás les sea útil, si enseña á algunos artistas rezagados en el pasado, el camino que deben seguir en lo presente.»

UN SABIO COMO HAY MUCHOS

(CUADRO DE COSTUMBRES)

Todos los años, esto es sabido, se ponen *de moda* en Madrid un caballo, un carruaje, un teatro, un salón, un predicador, un actor y una mujer hermosa. Los que están de moda no necesitan más; todos los celebran, agasajan y quisieran ser sus dueños, amigos ó amantes, según los casos. Aquel año, el turno de la moda en cuanto á mujer hermosa correspondió á Carlota. Se decía de ella que en punto á belleza femenil y suprema elegancia era imposible ir más allá.

A Rodolfo, novio de Carlota, no le agradaban la popularidad y los triunfos de su novia. Era Rodolfo un hombre que parecía criado ex-profeso para la felicidad: joven, guapo, aristócrata de nacimiento, riquísimo, ¿qué le faltaba al elegante *sportman* (como le llamaba *La Época*) para ser el prototipo del hombre dichoso? Nada realmente; pero realmente también, le sobraba algo: tenía talento. Y el talento bastaba para que se le amargase la juventud dorada en que vivía, y que tantos le envidiaban.

El talento de Rodolfo era investigador y analítico. Gustaba de no admitir nada sin previo y prolijo examen, y nada creía de lo que no estuviese antes plenamente convencido. Por eso sin duda le chocaba tanto su amigo Antonio, que á pesar de no ser tonto, ni mucho menos, procedía en la vida sin reflexión, gobernándose por una especie de caprichoso instinto, que el mismo Antonio calificaba de *corazonadas*, y que Rodolfo no sabía cómo calificar justamente.

¿Por qué Rodolfo llegó á la envidiada posición de novio de Carlota? Pues muy sencillo: por una serie de sabios cálculos. Esta chica es rica, pensó él; luego no tiene por qué codiciar mis riquezas. Esta chica es guapísima, y la pretenden muchos de cualidades y partes superiores á las mías; luego si á mí me hace caso es señal evidente de que yo le gusto, y que no se mueve para preferirme, ni por mis riquezas, ni por mis parientes, ni aun por mi fama de hombre guapo y afortunado en cosas de amor.

Y fué, y la pretendió, y Carlota le dijo que sí.

Pero ¿por qué me querrá á mí y no á otro? se preguntaba Rodolfo muchas veces. ¿Será porque soy guapo ó porque me cree bueno? Si es por lo primero, cuando yo sea viejo es probable que me vuelva feo, y aun antes de ser viejo, ¿quién me dice que no se presente por ahí el mejor día otro hombre que crea ella más guapo que yo? Pues si me quiere por juzgarme bueno, yo no soy bueno realmente, y su amor será fantástico, á un sér que se ha fingido ella, pero no á mí.

¡Pobre Rodolfo, y cómo le desvelaban y apuraban estos tiquis miquis!

– Dichoso tú, decíale Antonio, tu novia es la muchacha más bonita de Madrid.

– ¡Infeliz de mí, pensaba Rodolfo, hasta mis íntimos se atreven en mis barbas á piropearme la novia!

El invierno estaba en su apogeo, y las fiestas mundanas se sucedían unas á otras sin interrupciones. Era el año en que, recién restaurada la monarquía, se había hecho la paz. Celebrando tanta ventura, los piececitos aristocráticos de las niñas *comme il faut* no se daban momento de reposo. Esperábase que hasta el regio alcázar despertaría tras su prolongado sueño al mágico son de la música de baile. Para la condesita de Siete Fuentes, en eso consistía el *chic* de una restauración monárquica. Durante seis años había conspirado hechiceramente la condesita contra Prim, contra Amadeo y contra la república: el éxito coronó aquel largo trabajo de zapa, y lo que decía ella: *si no se dan bailes en Palacio ¿para qué hemos hecho la restauración?*

– Si yo no fuese un *sportman* y si Carlota no fuese, como lo es, hija de los elegantes marqueses de H... (se decía Rodolfo), la verdad es que yo le prohibiría con sumo gusto á mi novia que fuese á los bailes. Pero en el mundo en que nos ha colocado la suerte, so pena de caer en ridículo, no tengo más remedio que tragar saliva y poner cara de pascua.

Pero no podía ponerla del todo, porque, aunque *sportman*, estaba enamorado sincera y profundamente. Carlota era más buena que guapa con ser tanto lo último. Era sencilla, ingenua, apasionada, y quería mucho á su Rodolfo: ni más, ni menos que si hubiera sido una chica del pueblo ó de la clase media.

Una noche, en el salón de la marquesa de Valle Real, bailó Carlota como de costumbre con varios pollos: esta era la voluntad expresa de Rodolfo que por nada del mundo quería caer en ridículo. Terminado un baile, allí, en un rincón, triste, cariacontecido, sombrío, encontró á Rodolfo.

– ¿Qué tienes?

– ¿Te parece bonito esto?... ¡Bailar con todo el mundo!

– Pero qué!... ¿tú no quieres que baile?... Pues con mil amores... A mí no me gusta bailar... Pero mi madre, mis hermanas, y lo que para mí es más aún, tú mismo, me decís que debo bailar...

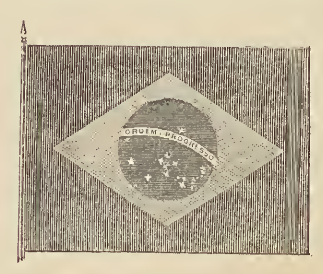
– Y tenemos razón, añadió Rodolfo poniéndose aún más sombrío. Sería una ridiculez para tí y para mí que no bailases...

– ¿Pues entonces?

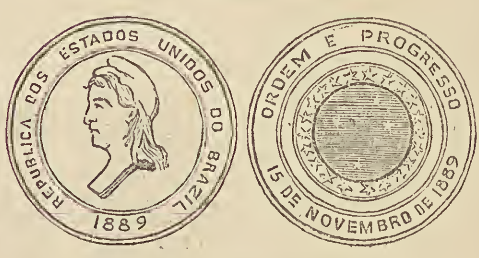
– Entonces, dijo atropelladamente Rodolfo, que me ahoga este mundo en que vivimos, en el que, por desgracia nuestra, estamos condenados á vivir... ¡Ojalá que tú



LA NUEVA MONEDA BRASILEÑA



LA NUEVA BANDERA BRASILEÑA



LA NUEVA MONEDA BRASILEÑA

fueses la hija de un boticario de pueblo y yo el mancebo de la botica!... Entonces, sí, que podríamos querernos, que sería posible el amor entre nosotros... Pero así, créelo, Carlota, esto es imposible...

– ¿Imposible? preguntó Carlota, y su hermosísima faz retrató un inmenso espanto.

– Imposible, sí; este mundo es el mundo de la vanidad, y amor y vanidad no caben en un saco.

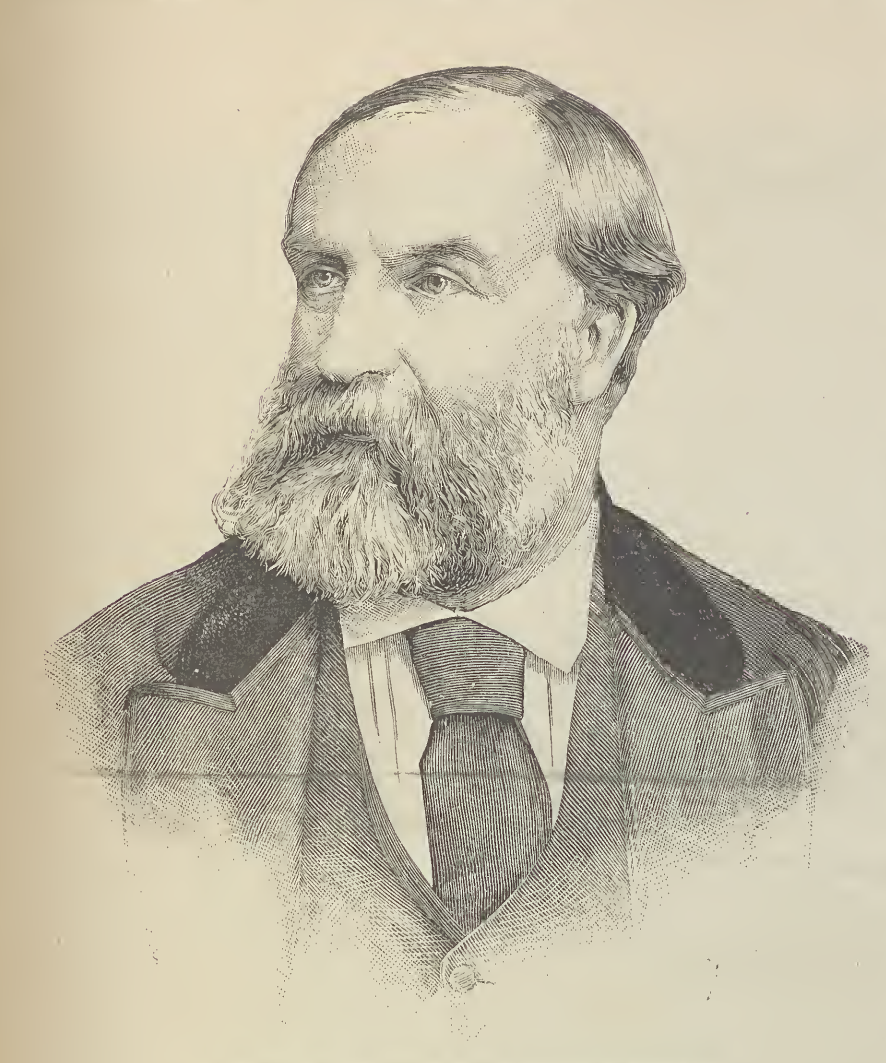
Rodolfo se levantó y se fué, sin despedirse de su novia. ¡Majadero! pensó Carlota resentida.

Desde aquel día, Rodolfo no iba como antes á todos los sitios á que concurría Carlota. No la visitaba sino de tarde en tarde. Pasaban semanas enteras sin verse.

Carlota sintió muchísimo este cambio... al principio. Luego se fué consolando poco á poco. Apenas veía á Rodolfo, y cuando le veía era con una cara desabrida, de pocos amigos, que casi no era respeto, sino miedo lo que imponía. Por el contrario, los que no eran Rodolfo se desvivían por agasajarla y hacérsele gratos.

La conducta de Rodolfo se ajustaba perfectamente á un sabio plan, producto de más sabias reflexiones. Aquello era la piedra de toque en que el inteligente muchacho estaba probando el amor de Carlota.

Pasaron meses. Ya el invierno iba rápidamente á su fin. En casa de Carlota se daba un gran baile.



S. A. R. EL DUQUE DE MONTPENSIER

† en Sanlúcar de Barrameda el 4 de febrero de 1890

La casa de Carlota estaba situada en el paseo de Recoletos. A su espalda extendíase una de aquellas estrechas y sucias callejuelas que luego se transformaron en las hermosas calles del Saúco, Almirante y Salesas.

Poco después de anochecer caminaba por la estrecha y retorcida callejuela un hombre embozado. Era Rodolfo.

Se detuvo ante una casa de feo aspecto, y llamó á la puerta. Una viejecilla de peor aspecto que la casa, apareció en el umbral.

– ¡Señorito!... ¡Cuántos días sin venir por aquí!... Es usted un vecino cómodo... ¿Quiere V. luz?

– No, tengo arriba el quinqué y traigo cerillas. Buenas noches.

Y pasó adelante, tomando la escalera arriba, tan empinada y estrecha como las de los castillos feudales en las novelas románticas.

Sacó del bolsillo interior una llave y abrió la puerta de lo que pudiéramos llamar el cuarto principal de aquella casa.

A la luz vacilante de la cerilla primero, y después á la más fija del quinqué, pudieron verse las paredes blanqueadas de una modestísima vivienda. De muebles no se veían más que un catre cerrado y recogido en un rincón, una mesa redonda sobre la que lucía el quinqué y un par de sillas.

En una de ellas sentóse Rodolfo, puso los codos sobre la mesa, y la cabeza sobre los puños cerrados, y quedó más de media hora sumido en profunda meditación. Al cabo de este tiempo se levantó, y dijo en alta voz:

– Esta noche saldré de dudas... ¡Carlota mía!... En mí, en tu Rodolfo, tendrás el más rendido de los amantes y el más cariñoso de los maridos...

Y sacando del bolsillo un retrato de Carlota, lo besó una, dos, tres, cien veces...

Luego, tomando el aire del hombre que va á cometer un crimen, apagó casi la luz del quinqué dejando sólo una débil chispa que en la profunda obscuridad brillaba como una estrellita lejana en noche tenebrosa...

A la escasísima luz de aquel astro eclipsado, ó más bien, guiándose por el tacto, avanzó hasta una de las paredes de la modesta salita, y una vez en ella palpó por aquí y por allí hasta que sin duda encontró lo que buscaba.

Era esto como una sinuosidad, apenas perceptible, de la pared lisa y blanca. Enrique apretó contra la disimulada trampa los dedos de su mano, y no tardó en saltar un pedacito de pared, un poco de yeso que dejó al descubierto un hueco redondo del tamaño de medio duro...

Era una tronera, un ventanillo abierto precisamente sobre la cornisa del tocador de Carlota...

Rodolfo aplicó el ojo derecho y miró...

Lejos de Rodolfo en aquel momento, y lejos de nuestros lectores también, toda idea viciosa é impura, más propia por otra parte de muchachuelo precoz ó de viejo corrompido que de un hombre en todo el brío de la mocedad, como lo era á la sazón Rodolfo. No, el distinguido *sportman* no había alquilado aquel pisillo, ni se había rebajado á horadar aquel agujero por darse el placer de eunuco de contemplar á sabor las formas, gentiles sin duda, de su Carlota. ¡Era él demasiado hombre para eso! Y como además la quería con amor verdadero, dicho se está que su ternura iba envuelta en todos los exquisitos pudores propios de las pasiones del alma... Enrique no iba á *ver*, sino á oir... Iba á comprobar su análisis... Antes de decidirse á beber del agua pura que se le ofrecía, quería saber á ciencia cierta si el agua era verdadera mente pura ó no lo era...

Respetemos nosotros su pudor, no diciendo ni una palabra de las perfecciones plásticas que Rodolfo no tuvo más remedio que contemplar. Y vamos á nuestro asunto.

Carlota estaba en el tocador con su prima Clara y con una de sus doncellas.

– ¿Y vendrá esta noche Rodolfo? preguntó Clara.

– Me ha escrito que vendrá, repuso Carlota, y, chica, puedes creer que lo siento... Me fastidia soberanamente Rodolfo; es un hombre antipático y raro si los hay: ninguna mujer será feliz con él. Se cree el más listo, y á mi modo de ver es el más necio de los hombres. Verdad que es guapo y rico: un buen partido en una palabra. Pero á esa costa, ni un buen partido es aceptable.

Clara se rió á carcajada tendida.

Rodolfo se retiró de su observatorio.

Cuando cruzó por el paseo de Recoletos, muchos carruajes se agolpaban ya delante de la casa de Carlota... El nada veía; la extrema palidez de su semblante, las lágrimas que lo surcaban, las nerviosas contracciones de sus labios y de toda su fisonomía, eran indicios de la horrorosa tempestad desencadenada en su corazón...

Pero ¡oh candor del humano espíritu! Rodolfo salía de su escondite con un tremendo pesar, paladeando hasta las heces del cáliz de los desengaños; pero con la sombría satisfacción de haber descifrado el jeroglífico de su vida... Ya veía claro; para él no había misterios... Ahora lo comprendía todo: explicábase el desprecio que creyó sufrir en el baile de la duquesa de Florián, las frases cortadas de aquel diálogo, el mohín casi imperceptible de la otra noche... Todo, todo aparecía distinto y luminoso á su inteligencia, y atando cabos concluyó por reconstruir la historia dolorosa de sus amores, en que había hecho, bien neciamente por cierto, el triste papel de engañado... Rodolfo se llevaba las manos á la frente que parecía querer saltar en menudos fragmentos... Así, luchando consigo mismo, ó mejor dicho, sintiéndose vencido, sudando á mares con un sudor al mismo tiempo frío y ardiente, fué dando la vuelta por el contorno de Madrid hasta que llegó á la melancólica glorieta, en cuyo fondo se alzan las humildes tapias del cementerio general del Norte... Ni él podía darse cuenta de cómo llegó á tan solitarios pasajes... Miró á todos lados como para reconocer el terreno, y muchos años después aseguraba el gallardo mozo que no sabía en dónde se encontraba en aquel instante... Sentíase fatigadísimo y febril... Vió allí, en medio del campo desierto, unos escalones de piedra blanca, sobre los que se alzaba gallardamente una cruz, también de blanca piedra, que iluminada por la luna parecía de mármol pulimentado... Rodolfo se abalanzó á las gradas como un náufrago, y dejó caer en ellas su cuerpo inerte... Nunca recordó más de aquella escena: sólo supo después que unos guardias municipales lo descubrieron allí, y creyéndole borracho ó accidentado hicieron trasportarlo á la casa de socorro de Chamberí.

Entre tanto, el baile de los marqueses de H... estaba en su plenitud. ¡Oh noche inolvidable! Las parejas pasan y vuelven á pasar, brillantes y veloces, como imágenes de vida y de poesía por una mente de veinte años... Pero Carlota cada vez se sentía más inquieta y más triste.

Eran ya cerca de las dos. Clara, cansada de bailar, de charlar, de oir piropos, sofocada de calor, se retiró un momento de los salones, y tomó el camino del gabinete-tocador de su prima. Iba á entrar, pero viendo cerrada la puerta, y observando que lo estaba por dentro, llamó suavemente. Tardaron en abrir, y cuando lo hicieron, observó Clara que Carlota, á la que desde luego supuso dentro, mostraba en su semblante claras y terribles huellas de llanto.

– Suponía que eras tú, dijo Carlota, y por eso he abierto.

– Pero, niña mía, ¿qué te sucede? ¿Tú llorando?

Carlota se echó en brazos de su prima.

– Pero no ves, no ves!... Tampoco ha venido esta noche.

– Mejor para tí, hija mía, mejor. ¿No me decías que...

– ¡Qué querías que dijese! Si ese hombre está haciendo burla de mí; si ese hombre me desprecia; si no me puede ver...

– ¿Con que tú estás enamorada?

Carlota respondió con lágrimas.

A los pocos días Clara decía á Rodolfo:

– Es V. muy cruel con mi prima Carlota.

– ¿Cruel yo?...

Y soltó una carcajada estridente.

Carlota hizo muchas veces por acercarse á Rodolfo. Casi lo buscaba.

Pero Rodolfo la rechazaba siempre con una sonrisita helada, de viejo escéptico, y para su capote se decía:

– ¡Hipócrita!

Y luego pensaba:

– ¡Qué dolor no poder dejar de amarte!

Y no podía...

Ni dejarla de amar.

Ni creer en ella...

Así murió al cabo á la vez romántico y desengañado... de amor y de escepticismo.

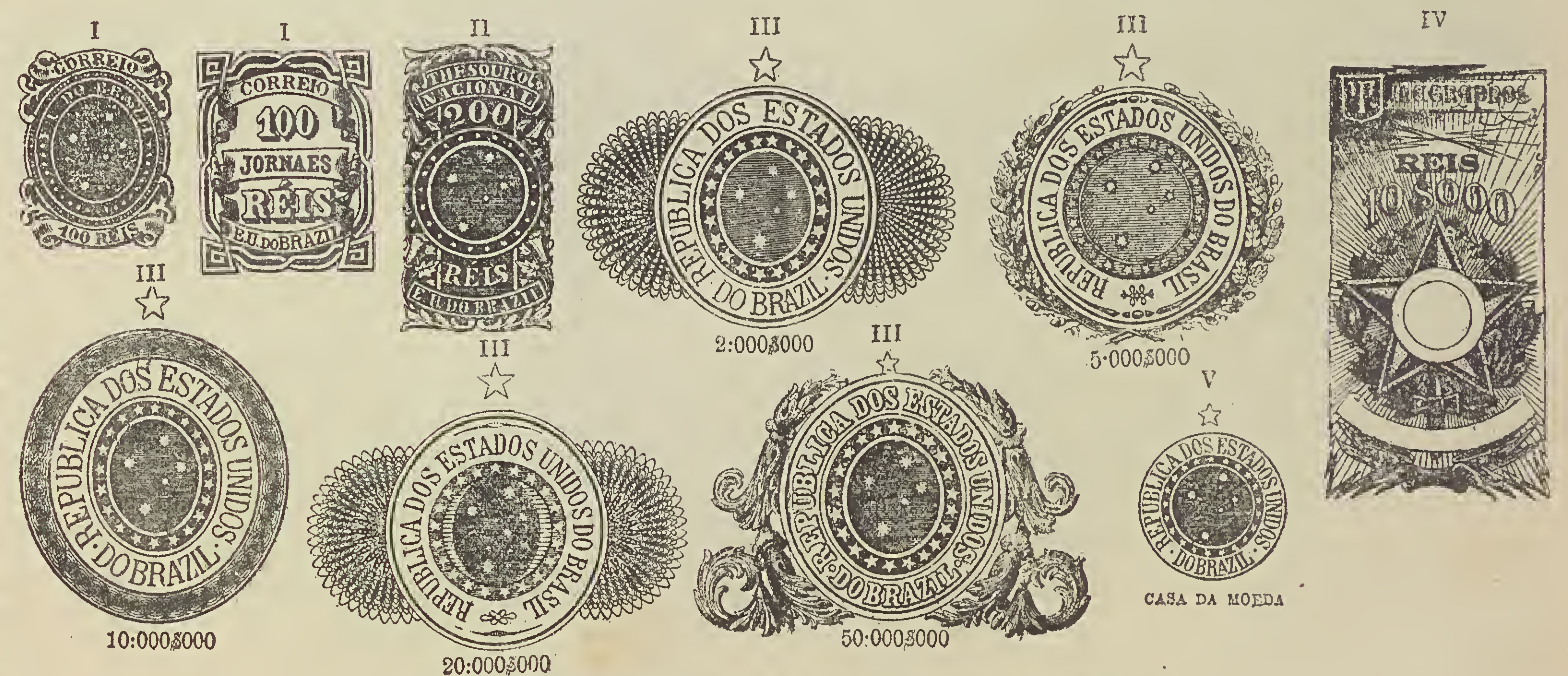
Y tan triste fin y tan amarga vida es indudable que se los debió Rodolfo al mucho talento que tenía...

Porque lo que él dijo siempre:

– Nada debe admitirse sin previo análisis. Ningún hombre debe creer sino aquello que antes ha examinado...

En lo que se ve que Rodolfo llegó á no creer en nada, ni en nadie, por creer demasiado en sí mismo.

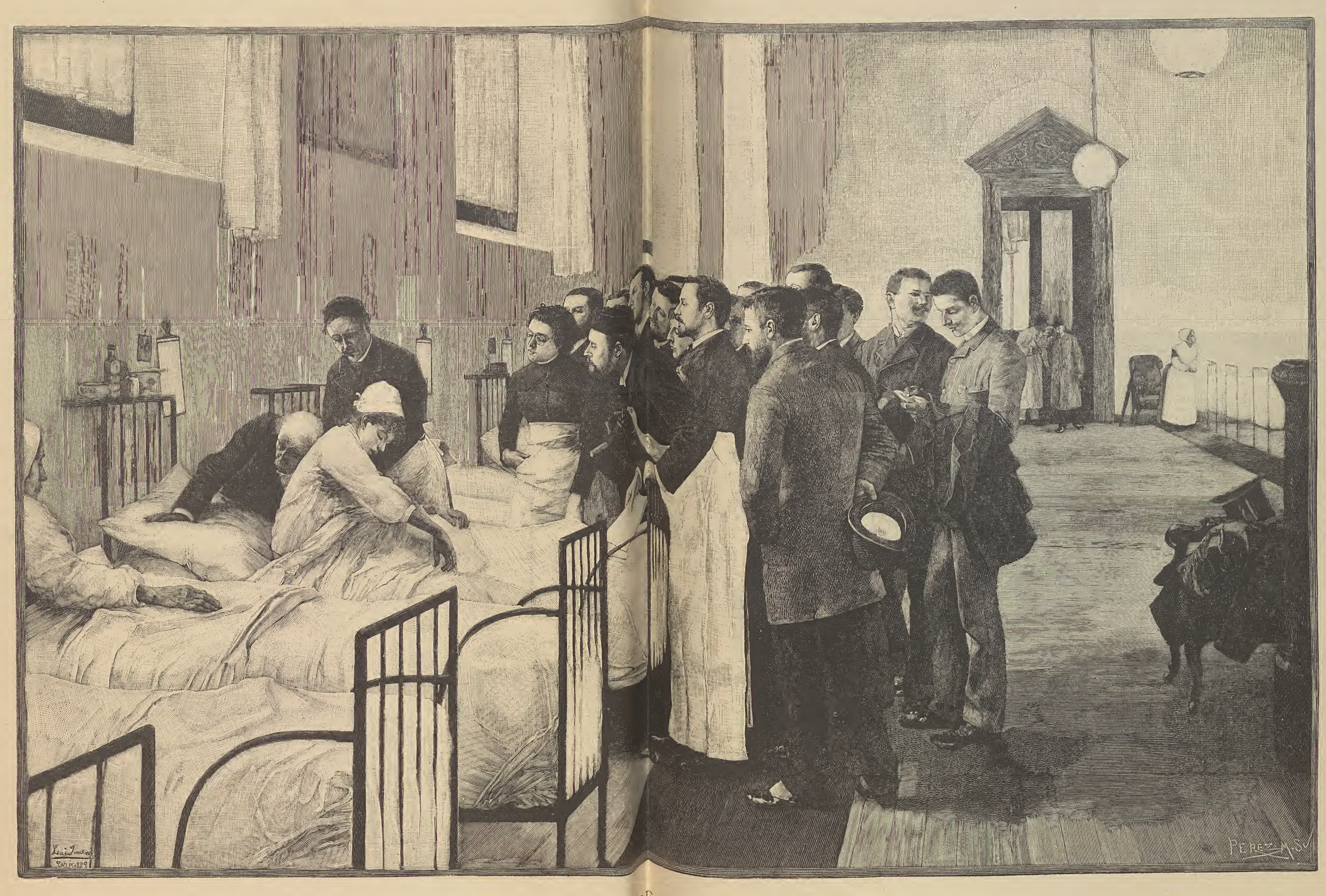
ANGEL SALCEDO



LOS NUEVOS SELLOS DE LA REPÚBLICA DEL BRASIL

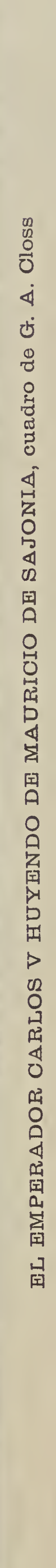


LA AMAZONA, cuadro de E. Joorss



«LA VISITA EN LA SALA DE UN HOSPITAL,» CUADRO DE D. LUIS JIMÉNEZ

(premio de honor de la sección española de pintura). Exposición Universal de París



EL EMPERADOR CARLOS V HUYENDO DE MAURICIO DE SAJONIA, cuadro de G. A. Closs



EL CAPITÁN FRANCÉS TRIVIER, reciente explorador del Africa ecuatorial

VIAJE DEL CAPITAN TRIVIER

POR EL AFRICA ECUATORIAL

Si el capitán Trivier, que acaba de regresar á Francia, y cuya brillante exploración voy á referir brevemente, no tuviera la desventaja de ser francés, es probable que su nombre fuera ya muy conocido del público y su figura en extremo popular: habríamos recogido celosamente todos los partes telegráficos que agencias y diarios del extranjero hubieran prodigado sobre el particular; le habríamos seguido paso á paso, y contemplado después su fotografía en todos los escaparates; de modo que sus facciones estarían ahora impresas en nuestra memoria.

Pero el capitán Trivier es simplemente francés: las veinticinco ó treinta cartas, tan largas como interesantes, que publicó hace un año ó más en un gran diario, que por desgracia no es de París, han pasado casi desapercibidas; y ha sido necesario que sus aventuras fuesen muy poco vulgares para que su nombre comenzara á salir de la oscuridad. Era preciso, en fin, que La Ilustracion publicara su retrato para que se supiese que su fisonomía, muy personal, de hombre resuelto, es tan digna como otra cualquiera de figurar en una de sus páginas, sin que por esto desmerezca la galería de viajeros contemporáneos.

Hacía largo tiempo que, sintiéndose herido y humillado en su patriotismo, al ver que «todas cuantas noticias nos llegan del continente negro son de origen inglés, alemán, americano ó belga,» M. Trivier soñaba en Stanley y sus viajes, estudiaba el mapa de Africa, proyectaba lanzarse en pos de las huellas del intrépido americano, y hasta probar, á despecho de cuanto se ha dicho de sus terribles odiseas, que no era quizás «tan difícil» como se asegura atravesar esa temible y misteriosa Africa, á lo largo de la cual había paseado tantas veces su buque mercante.



El jefe Peana, de Kassongo

Sin embargo, faltábale al emprendedor capitán el nervio de la guerra; buscólo y lo encontró. Seducido por el entusiasmo del bravo marino, el director de un notable diario bordelés, *La Gironda*, resolvió hacer por Trivier lo que el *New-York Herald* hiciera en otro tiempo por Stanley: abrió su caja, firmó una carta de crédito, y dijo al explorador: «Puede usted marchar cuando guste.»

El capitán marchó al punto: el 20 de agosto de 1888 embarcábase en Burdeos con uno de sus antiguos compañeros de viaje, Emilio Weissemburger, rochelés como él, á quien encontrara tiempo atrás en las orillas del Paraná, en el Gran Chaco, y que ha desaparecido misteriosamente en el transcurso de este último viaje.

El 29 de agosto los exploradores se hallaban en Dakar, donde eran esperados por los dos laptots, prometidos por el ministerio de Marina, Alí y Babá (ninguno de los cuarenta ladrones), dos senegaleses del río alto, que le han seguido á través de toda el Africa ecuatorial, confiados como niños, y llenos de abnegación como... negros.

El 29 de setiembre, la pequeña caravana pudo llegar á Libreville, en el Gabón, donde una enfermedad de ese pobre «Emilio,» que tiritará de fiebre durante casi todo el viaje, la obligó á permanecer allí hasta el 5 de noviembre. El dia 9 dieron vista á Loango, y aquí es donde había de comenzar el verdadero viaje de exploración.

El itinerario de los viajeros, previamente calculado y discutido con amplitud, estaba trazado al principio como sigue: desde Loango á Brazzaville á pie con una caravana de portadores; desde Brazzaville á las Cataratas en uno de los vapores del Oeste africano; desde las Cataratas á Nyangué á pie ó en piragua; desde Nyangué al Tanganika, que se cruzaría en barco; después á Bagamoyo, etc. Una vez cerca de Tabora, Trivier pensaba reunirse con Emin y Stanley, los cuales se disponían probablemente á descender entonces por los lagos Alberto y Victoria. El programa, aunque audaz, fué seguido punto por punto hasta Oudjiji; pero aquí, varios incidentes de que hablaremos después interrumpieron de pronto el curso del itinerario anunciado, y Trivier hubo de dirigirse en línea oblicua al mar del Este por el Nyassa, el Chiré y el Zambeze, para llegar á Quelimane, país portugués.

El 10 de diciembre de 1888, «después de haber sudado bien en Loango su veneno gabonés,» el capitán y su segundo, es decir, su fiel Emilio, con sus dos laptots, la pequeña escolta indígena, los sesenta y cinco portadores, y los 1.300 kilogramos de mercancías y bagajes, abandonan al fin la orilla atlántica y aventúranse por el «camino» de Brazzaville; pero «camino» africano, estrecho sendero formado á través de pendientes y bosques, por donde se ha de ir uno tras otro. Las noches se pasan en algún pueblo negro ó en una estación del Oeste africano, y prosíguese la marcha por la mañana apenas amanece. Por lo demás, nada hay de particular, como no sea la travesía del gran bosque de Mayomba, menos espantoso y siniestro que su reputación, la inevitable palabra con pobres «reyes» negros alcohólicos; y el encuentro, en las «estaciones» del camino, con algunos compatriotas, cuyas manos estrechan cordialmente.

El 31 de diciembre de 1888, la caravana franquea la línea divisoria de las aguas entre el Congo y el Quillion-Niari-Loudima, el río de los tres nombres. El 1.° de enero de 1889, en la estación de Comba, M. Trivier, «Emilio,» y el comandante de aquélla, M. Potier, salúdanse con las palabras tradicionales: «¡Buen año!» El 6 por la mañana óyese como un ruidoso mugido lejano: es el Congo y sus cataratas, que brillan, á los rayos del sol, asemejándose á un lago. ¡Es el Pool, es Brazzaville!

Muy bien recibido en la gran estación del Pool por M. Dolisie, el capitán se apresura á buscar el vapor que debe conducirle á las Cataratas; pero esto no es tan fácil, porque la Misión Brazza opone dificultades; el Estado libre da á entender políticamente que es imposible, y nuestro viajero mira con tristeza cómo se deslizan las aguas del gran río que no puede remontar. Por fortuna, un vapor de la casa holandesa establecida cerca de Brazzaville hállase á punto de salir para las Cataratas: Trivier pide sitio para él y sus hombres; recíbesele con los brazos abiertos, y el 23 de enero de 1889 comienza á navegar hacia el Nordeste á bordo del *Holanda*.

Esta navegación en el hospitalario barco holandés se puede considerar como un viaje de recreo: los compañeros son muy obsequiosos, hay suficientes comodidades, y la seguridad es completa, pues los ribereños, y antropófagos por añadidura, no se arriesgan á buscar pendencia á los vapores montados por buenas tripulaciones y prudentemente armados en guerra. Con toda tranquilidad y holgura se puede contemplar el paisaje africano. Por lo pronto se ven las aguas mismas del Stanley Pool (estanque de Stanley), flanqueadas al horizonte por orillas bajas, y después, en el lado norte de aquél, los *Dover cliff*, ribazos pedregosos: más arriba está el Congo mismo.

Se pasa rápidamente por delante de los pueblos ribereños, como por ejemplo Ngantchou, no lejos del cual habita Makoko, el fiel aliado de Brazza; Bolobo, donde se encuentra la *Villa de Bruselas*, uno de los vapores del Estado libre, que remonta también hasta las Cataratas, y que Trivier debía fotografiar un poco más lejos; Loukolela, triste estación donde vegetan dos pobres misioneros baptistas; y Liranga, último puesto francés en el río. El 2 de febrero se hace alto en la estación del Ecuador, en otro tiempo fundada por Stanley, pero muy descuidada después, donde el capitán visita, como una de las curiosidades del país, en la *cercada* del misionero inglés Murphy, tres enormes termiteras de tres metros de altura, «asombrosas construcciones» que se apresura á fotografiar.

Tres días después el vapor anclaba delante de Mata M'boudi, pueblo indígena situado á dos millas de la estación de Bangalas. Nuestro viajero, que no abandona nunca su objetivo, entretiénese en sacar algunas vistas, particularmente de la *Villa de Bruselas* anclada; y no deja de observar los tipos indígenas, que bosqueja con su activa pluma.

«Apenas habíamos andado, dice, apareció en la orilla una multitud considerable, la cual se enardeció poco á poco, hasta el punto de atreverse varios á llegar hasta cerca de nosotros en pequeñas piraguas. Los hombres iban casi completamente desnudos; un pedazo de tela sujeto á la cintura por un cordón, era lo único que llevaban. Altos, bien formados, y algunos de facciones finas y expresión enérgica, aquellos hombres contrastaban singularmente con los tipos que yo había visto hasta entonces.



Nidos de térmites ú hormigas blancas en la estación del Ecuador

En cuanto á las mujeres, iban más ataviadas, ostentando alrededor de las caderas un cinturón de yerbas secas teñidas de rojo, que se prolongaban desmesuradamente por detrás.

»El 7 llegamos á Mobeka, gran pueblo indígena situado en la confluencia del Mangala. Trivier fotografía aún, sentado delante de su casita de tejadillo de paja, el grupo de indígenas que reproducimos. Aquí, dice, hemos alcanzado casi el punto más al Norte 2°05. Desde este lugar hasta Oupoto, el curso del Congo sigue la dirección del Este para correrse después hacia el Sudeste hasta las Cataratas y más allá.

»El *Holanda* ha franqueado ya la desembocadura de muchos ríos, como por ejemplo el Cassai, enorme afluente que viene de las vastas regiones del Sud; el Almia, cuyas fuentes están inmediatas á las del Ogooué; el Oubangui, límite oriental de nuestro Oeste africano, y el Mangala. Nos acercamos á ese misterioso Aruwimi, á lo largo del cual, en Yambouga, fué asesinado Barttelott, y cuyos vastos bosques espantaron al mismo Stanley, hombre de tan buen temple.

El 13 de febrero, Trivier pasa por delante de la desembocadura de ese río tan mal afamado, y reconoce que á partir de este punto se manifiesta un cambio en todo: en la dirección del Congo, en el carácter de los habitantes y en el estado político, por decirlo así, de aquel país. Los ribereños son negros de buenas razas, tan curiosos y activos como inteligentes; pero circulan muy malos rumores respecto á su carácter: dícese que son antropófagos, y el viajero echa de ver por mil indicios imperceptibles que solamente á un tiro de fusil del barco el país no es seguro.

A partir del Aruwimi se entra también en la esfera de acción de aquel que Trivier llama «rey» del Africa


Indígenas de Mobeka (Alto Congo)

central, el árabe Tippo-Tip. Solamente con algunos miles de musulmanes como él, domina todo el país y los grandes lagos del Aruwimi, recogiendo el marfil del Ecuador y acumulándolo en sus almacenes; mientras que todos los indígenas parecen someterse al prestigio de su nombre y al terror que infunden sus fusiles.

Con ese hombre cuenta Trivier, sin embargo, para dar cima á la parte más temible de su aventurada travesía; y en efecto, apenas transcurrida una hora después de llegar á las Cataratas, el 18 de febrero, había visto ya al poderoso autócrata, sultán, banquero, traficante, jefe militar de todo el centro africano, y dueño tan incontestable del país, que el Estado libre ha creído lo más oportuno elegirle para gobernador de todo su distrito de las Cataratas, con el sueldo de nueve mil pesetas. Trivier ha visto á Tippo-Tip, le ha fotografiado y descrito, y reproducimos como documentos históricos su fotografía y su descripción.

Es un negro de estatura más que regular, con la frente deprimida, la barba gris y la nariz achatada. Al detallar sus facciones, reconócese el origen negro, y si se le mira en conjunto, debe imponer á las masas: esto se echa ya de ver por la fotografía. Como ya he dicho antes, Tippo-Tip, hombre de cincuenta años, es el Tippo-Tip de Livingstone, el que Cameron encontró en Nyangué; es el hombre de Stanley, el hombre sin el cual no se puede penetrar en Africa.

No solamente Trivier ha visto á Tippo-Tip y le ha hablado, sino que hasta aquí es el primero de todos los franceses que ha podido tratar con él para el resto del viaje: una hora después de su llegada á las Cataratas el pacto estaba concluído, y el 22 de febrero, nuestro viajero y su pequeña escolta remontaban el gran río con un numeroso convoy de piraguas cargadas de marfil, bajo las órdenes de un pariente del «sultán» de las Cascadas.

El camino presenta más dificultades: se está de lleno bajo el Ecuador, y la temperatura se eleva, y es preciso dar la vuelta á pie por las Cascadas y las Cataratas que llevan el nombre de Stanley; mas el país no deja de estar muy poblado; á lo largo del río y en los eternos bosques que le flanquean, los pueblos se suceden unos á otros, y nadie inquieta á los viajeros blancos.

No obstante, avánzase sin descanso ni desfallecimiento. El 2 de marzo franquéase la primera catarata; el 9 se cruza el río Lohuhoua; el 10 se llega al confluente del Ouriadi; el 11 al de Kousourou; el 16 al de la Lira; el país se eleva, y las corrientes de agua llegan á ser más numerosas. El 26 la escuadrilla llega al fin á Nyangué, donde descansa dos días, y el 24 detiénese en Mikeké, en cuyo punto Trivier despídese del Congo para no volver á verle.

A tres horas y media de Mikeké y del río hállase Kassongo, verdadera ciudad de 20.000 habitantes, con muchas casas de ladrillo, mercado diario y abundantes víveres y ganado, en el que no faltan asnos y bueyes.

En Kassongo reina, si podemos decirlo así, el sultán N'sigué, cuñado de Tippo Tip, árabe y musulmán como él. Recibe muy bien al viajero y trátale cordialmente durante los veintiún días (desde el 24 de marzo al 14 de abril) que pasa en Kassongo. Trivier espera las últimas autorizaciones de Tippo Tip, y entretanto estudia el país, los habitantes y sus costumbres.

A pesar de estas distracciones, al capitán comenzaba á parecer el tiempo largo, y esperaba ansioso la hora de emprender la marcha hacia el Tanganika, por el Este, en busca de lo desconocido. El 13 de abril recíbese por fin en Kassongo el contrato entre M. Trivier y Tippo-Tip, debidamente firmado por ambas partes, y con la rúbrica de dos oficiales del Estado libre, colegas de Tippo-Tip, MM. Becker y Greshoff.

Al día siguiente, 14 de abril, Trivier sale de Kassongo, y comienza la temible y larga travesía del rudo país de Manyema.

«Desde aquí á Kassongo haré que te conduzcan en piragua, y en este último punto ya tiene orden mía N'sigué para que te transporten hasta Oudjiji, donde he mandado á Roumariza que te reciba para encargarse de tí hasta Bagamoyo.»

Así había hablado en las Cataratas, como hombre seguro de sí propio, de su poder, de sus oficiales y de su obediencia, el «sultán» Tippo Tip.

La comarca en que audazmente iba á penetrar el capitán Trivier, que es la comprendida desde Kassonga á M'toa, atraviesa el Manyema, vasto y salvaje espacio del país entre el Congo y el Tanganika, escabrosa región de bosques y empinadas colinas, y lugar habitado por antropófagos. La distancia no parece considerable en el mapa, y sin embargo Trivier necesitó cerca de dos meses, desde el 14 abril al 2 junio 1889, para recorrerla con su compañero Emilio Weissenburger, sus dos fieles laptots, y veinte portadores Manyemas, recogidos forzosamente por N'sigué, encadenados por el cuello y conducidos á palos por una especie de capataces árabes. El corazón de nuestros europeos debía condolerse; pero ¿qué se podía hacer? Entregados á N'sigué, no debían imponer condiciones, sino someterse á ellas. Sin el sultán de Kassongo y su protección, por lo demás, los viajeros no hubieran recorrido diez leguas en aquel país de incorregibles antropófagos sin ser asesinados y asados después. Alí y Babá, que no son cobardes, no pueden menos de torcer el gesto de una manera muy significativa al hablar de ese terrible Manyema, donde al pasar oían decir á los indígenas corrientemente entre sí, que los viajeros, y sobre todo los blancos, debían ser un excelente bocado. «Pero Tippo-Tip, decía el buen Alí en su jerga especial, es buen muchacho; cuando los negros devoran un hombre ¡zás! los árabes los matan.» ¡A esto se reducen, bajo los auspicios del mahometismo, los rudimentos de la civilización en el Africa central!

La pequeña caravana llega por fin, rendida de cansancio, á las orillas del Tanganika, é inútil parece decir que Trivier ha tenido buen cuidado de apuntar su objetivo sobre el país y sus habitantes. No tenemos aún las fotografías tomadas en esa parte del viaje; pero nos anuncia numerosas reproducciones de curiosidades naturales del Manyema, análogas á esas enormes termiteras de Liranga, «asombrosas construcciones» reproducidas ya por el viajero en el Congo, en la cercada del misionero inglés Murphy. Nos promete también más de un «grupo» de tamaño natural para completar la galería en que tan dignamente figura ese buen jefe Peana, fotografiado en Kassongo con su admirable sombrero de plumas de papagayo y su curioso traje.

Para colmo de desgracia, Roumariza pone en conocimiento de Trivier que los árabes y los alemanes están á punto de batirse por la parte de Zanzíbar, que el itinerario convenido debe cambiarse, y que no se ha de pensar ya en dirigirse á Bagamoyo. La razón es perentoria y dispensa de todas las demás: Tippo-Tip se opone; Tippo Tip lo ha dicho; Tippo Tip no quiere. El camino del Sud por el lago queda por fortuna abierto, y Trivier se precipita por él. El 21 de junio sale de Oudjiji, sigue la costa Oeste, y pasando delante de la brecha por donde huye hacia el Congo el misterioso Loukouga, penetra rápidamente por el lado del Moero hasta Itaoua, en cuyo punto la fiebre le ahuyenta, obligándole á ir á Pambetí, cerca de la extremidad Sud del Tanganika.

De los cuatro inseparables compañeros de viaje, solamente el desgraciado Weissemburger debía dejar los huesos en el suelo africano; Alí, el desenvuelto y astuto hijo de Bakel, está hoy en Burdeos, rozagante, bien dispuesto á viajar otra vez, y siempre charlatán; agrádale narrar, hablando un francés infantil, pero con rara claridad y admirable memoria, los incidentes de su viaje. Babá, el hombre de todos colores, de Podor, sigue en la mejor salud, sin haber perdido su inalterable calma, y muestra con ingenuo orgullo á los pilletes bordeleses, que le llaman ya corrientemente por su nombre, su musculatura de atleta, sus bien modeladas formas y su cuello de bronce. Trivier volvía muy alegre y entusiasmado, cuando supo el fallecimiento de su anciano padre, que había muerto apenas veinticuatro horas antes del regreso de aquel hijo tan ardientemente deseado. De los que salieron juntos de Loango el 10 de diciembre de 1888, sólo falta «Emilio,» según le llamaba familiarmente su jefe. El capitán ha referido con detalles su desaparición, pero véase la de Alí, que es más breve, y la cual no carece de carácter:

«El señor Emilio tenía algo trastornada la cabeza desde Oudjiji. En Fouambo salía diariamente para pasear por los pueblos inmediatos, aunque todas las mañanas se hacían la guerra. Una tarde no volvió, y por la noche oimos tres detonaciones de fusil y cuatro ó cinco de revólver. M. Jones y todos los ingleses las percibieron también. Al día siguiente *yo buscar aquí*, y *Babá buscar allá;* los negros dijeron que no le habían visto; *pero yo creer bien* que los hombres de Penza le han matado, ocultándolo después, porque ni Babá ni yo *haber encontrado nada*, ni sombrero, ni revólver, ni otro objeto cualquiera. Pero el señor Emilio *no tenía ya la cabeza.*»

He aquí la oración fúnebre del pobre explorador, hecha por Alí, de Bakel, en la parte alta del Senegal. Al cabo de siete días de espera y de inútiles investigaciones, Trivier se decide, el 30 de setiembre, á marchar solo con sus dos laptots y una veintena de portadores en dirección al Nyassa, á donde llega el 15 de octubre. Allí terminan verdaderamente los peligros y las miserias, sino las fatigas. Emilio Weissemburger había muerto en el umbral de la salvación.

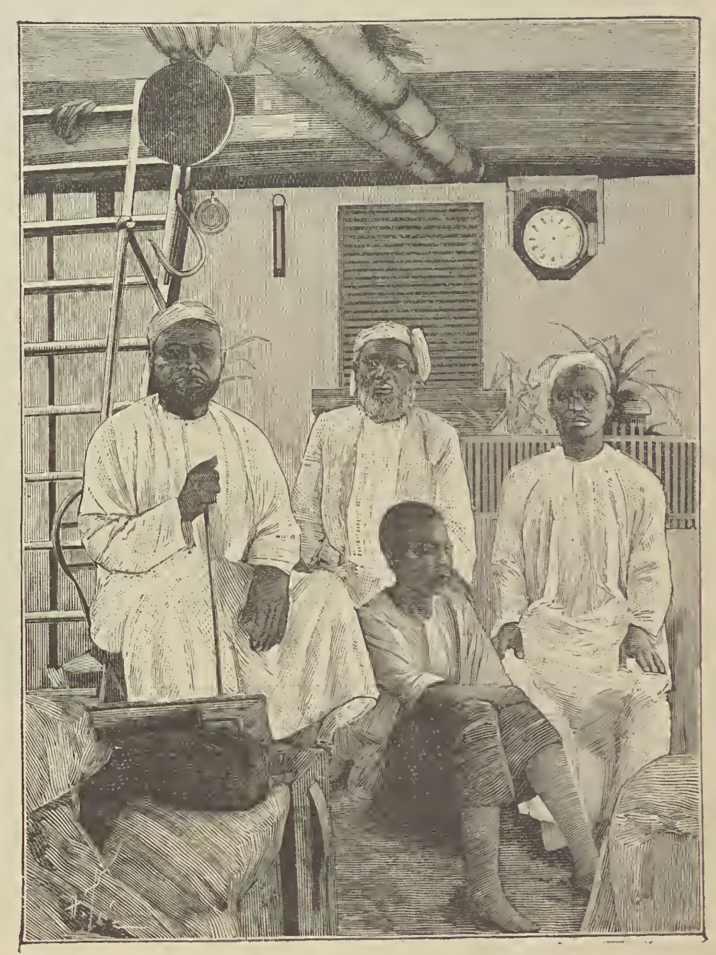
El 30 de octubre, Trivier estaba en Livingstonia, en la extremidad Sud del Nyassa, y comenzaba á descender por el magnífico y muy accidentado valle del Chiré. El 15 de noviembre llegaba á Blantyre, residencia principal de las célebres é invasoras misiones escocesas ilustradas por el gran Livingstone; el 27 penetraba en el Zambeze, y el 1.° de diciembre «saltaba á tierra en el muelle de la aduana,» en Quelimane, á orillas de ese mar del Este, hacia el cual avanzaba hacía un año menos nueve días. El primero de todos los franceses, y el décimocuarto de todos los exploradores europeos, había llevado á cabo aquella rarísima empresa: la travesía del Africa.

Todo este fin de viaje, desde la salida de Fouambo, no había sido más que un paseo muy interrumpido. Los exploradores se hallan en país mixto, cruzado por ingleses ó portugueses; encuentran un verdadero servicio de vapores en el Nyassa y el Chiré, y también misioneros ó traficantes á cada paso; de modo que verdaderamente no habría más que relatar las fechas y las etapas de sus últimos itinerarios, si una coincidencia feliz para el capitán Trivier no le hubiera conducido á Chiré en el momento mismo en que acababa de estallar el conflicto anglo-portugués.

Por eso encontró el 15 de noviembre en Karonga al cónsul inglés Johnson, al diplomático conquistador, precursor de la anexión británica; por eso encontraba ocho días después en M'bevé los restos del ejército de los Mokololos, vencido por los portugueses, ametrallado y poseido de espanto. Y así fué como en Tchirouno, el 25, hallábase en presencia del coronel Serpa Pinto en persona, y hacíase referir los detalles de M'pasa, brillante hecho de armas en verdad, pero más desastroso aun para los vencedores que para los vencidos, puesto que precipitó seguramente el *ultimatum* inglés y la conquista de Nyassaland por la insaciable Albión.

Así se agrega al interés geográfico del viaje el interés histórico; y así nuestro compatriota pudo ver, en el curso de su rápida exploración, el apogeo de una dominación cuádruple: la de Francia en el Oeste africano, la del Estado libre en todo el Congo medio; la del árabe Tippo-Tip en el Africa central, y la de la Gran Bretaña en la región del Nyassa. He aquí cómo se adquirió su verídico y precioso testimonio, á título de documento, tanto para la historia como para la geografía del Africa central, en este fin de siglo en que tan rápida y profundamente se transforman el presente y el porvenir del continente negro.

LUIS BAUZÓN.


Tippo-Tip y sus compañeros



La caravana del capitán Trivier

BALANCE GEOGRÁGICO DE 1889

(Continuación)

6. A los ingleses un apeadero en Puerto-Victoria, cerca del cabo Juby, en la costa del Sahara.
7. A los españoles la costa sahárica, entre los cabos Bojador y Blanco.
8. A los franceses el Senegal y sus importantes extensiones recientes en el alto Níger.
9. A los ingleses, Bathurst y la Baja Gambia.
10. A los portugueses, Cacheo y las islas Bisagos.
11. A los franceses, las Riberas del Sur y el macizo de Futa Djalón.
12. A los ingleses, Sierra Leona y Freetown, principal plaza de comercio de la región.
13. A los negros liberianos, la república de Liberia, independiente bajo la presunta fiscalización de los Estados Unidos é Inglaterra.
14. A los franceses, Gran Basam y la Asinia.
15. A los ingleses, la Costa de Oro y la soberanía del país de los Ashantis, no se dice hasta qué distancia.
16. A los alemanes, el Togo, que remonta por el interior hasta más allá del fuerte Bismarck y de los 9° latitud N.
17. A los franceses Gran Popo, que á pesar de su nombre, es una angosta lengua de tierra.
18. A los portugueses, Ajuda y, si lo hubiesen conservado, el protectorado de Dahomey, de siniestra memoria, del que nadie se ocupa en este momento.
19. A los franceses, el reino de Porto Novo.
20. A los ingleses, el puerto de Lagos y el importante



Exploraciones por el capitán Trivier. - Los dos laptots: Alí y Babá

delta del Níger, con territorios situados á lo largo del curso de este río, quizás hasta más allá de los reinos de Gando y de Sokoto. El bajo Níger es una ancha puerta hacia el Sudán central y la cuenca del lago Tsad. Pero los ingleses dejan que se les adelanten hacia Tomboctú las cañoneras francesas del alto Níger.
21. A los alemanes, el territorio de Camarones, ilimitado al interior y que avanza hacia el Binué inglés y el Ubangi belga.
22. A los españoles la bahía de Corisco (1).
23. A los franceses, el Gabón y el Congo occidental, importante porción que podían agrandar por la orilla derecha del Ubangi hacia el Sudán, si los alemanes no se anticipan á M. de Brazza.
24. A los portugueses, el país de Kabinda.
25. Al rey de los belgas, la soberanía del Estado independiente del Congo, inmensa cuenca fluvial, la parte mejor explorada del Africa central, la más rica en vías navegables, destinada á un porvenir brillante. Extendiéndose por el Este hasta los grandes lagos nilóticos, el Estado libre es verdaderamente el corazón del Africa; alrededor de él están los establecimientos alemanes, franceses, ingleses y portugueses. El ferrocarril de Matadi á Leopoldville en vías de ejecución, será la entrada obligada de la meseta central; y los campos atrincherados del Aruwimi y del Lomami se opondrán en adelante por este lado á la invasión de los negreros árabes.
26. A los portugueses, Angola, floreciente colonia en la que se inaugura una vía férrea de Loanda á Ambaca.
27. A los alemanes, la Hotentocia marítima, hasta el río Orange, salvo el territorio inglés de Walfish-bay.
28. A los ingleses, las importantes colonias del Cabo y de Natal, á las cuales se han anexionado recientemente los territorios de los Betjuanas, de los Hama y de los Matebeles hasta las orillas del Zambeze central.
29 y 30. En este imperio sud africano inglés, en germen, conviene reservar dos repúblicas de antiguos boers holandeses: la una independiente, el Orange ó *Free State*; la otra apenas sometida á la soberanía inglesa, el Transvaal. Esa última prospera actualmente merced á la explotación de minas de oro, y en cinco años los mineros procedentes de todas partes, y en especial del Cabo, han fundado una ciudad, Johannesburg, que tiene ya 25.000 habitantes. Hay allí una fuente de riqueza, pero también un peligro para la independencia de aquel pueblo de pastores.
31. A los portugueses la costa de Mozambique, desde la bahía Delagoa hasta el cabo Delgado.
32. Pero ¿á quién pertenecen los dilatados territorios de la Zambesia y del Nyasaland? Los portugueses y los ingleses se los disputan con tesón. Los primeros alegan derechos históricos, mas por desgracia habían descuidado la ocupación de hecho; al paso que desde las memorables exploraciones de Livingstone, los mineros y comerciantes ingleses se han establecido en el Zambeze y entre los lagos del Sur, y hasta tienen vapores en los lagos Nyasa y Tanganika.

¿Cómo, pues, se efectuará la unión de las posesiones portuguesas entre Angola y Mozambique, mientras que los ingleses aspiran á reunir de sur á norte el Cabo con la región de los grandes lagos? El porvenir nos lo dirá. Cuando menos, necesitarían éstos tener acceso directo al Nyasa por el valle del Rovuma.
33. A los franceses, la «gran tierra» de Madagascar, isla importante, que viene á compensar por aquel lado su carencia de territorios en el continente.
34. A los alemanes, el Zanguebar meridional, arrancado por sorpresa al sultán de Zanzíbar. Los ingleses, que fueron los primeros en explorarlo, cometieron la torpeza de no anexionárselo á tiempo.
35. A los ingleses, en cambio, los puertos de Mombaza y de Melinde, así como el territorio del Kenia.
36. A los alemanes, el territorio de Witu, al norte del Tana.
37. A los ingleses también, según parece, los puertos de Brava y Magadoxo, con los territorios del Djuba y del Haines, englobando así el Witu alemán.

Inglaterra aspira al parecer á la posesión de todo el valle del Nilo, y este pedazo sería digno de su preeminencia colonial. La retirada forzosa de Emin bajá retrasará un poco la realización de este proyecto, pero si, como se asegura, el emprendedor Stanley se ha puesto al frente de la colonia este-africana británica, y de la construcción de un ferrocarril de Mombaza al Nilo, no se puede desesperar del porvenir.
38. A los italianos, el puerto de Obia y la costa de Somal; por lo menos, así se dice.
39. A los ingleses, al parecer, el promontorio de Guardafuí; y seguramente la isla Socotora, así como los puertos de Berbera y de Zeila enfrente de Aden.
40. A los franceses, el puerto de Obock, la bahía de Tadjura, con la parte occidental de la «Puerta de las Lágrimas.»
41. A los italianos, Asab, Masouah, y la costa de Abisinia con el protectorado que acaban de alcanzar sobre todo este país asolado por la guerra civil. Esta importante adquisición, que más adelante puede extenderse hacia el Nilo, dividiría por la mitad el proyecto del «Nilo británico,» pero probablemente la diplomacia ha previsto este caso.

Por Suakim y Suez volvemos á Egipto, nuestro punto de partida, en donde encontramos otra vez á los ingleses.

Como se ve, hay por lo menos cuarenta empresas de la Europa blanca sobre el continente negro: cuarenta sectores cortados en el contorno del país africano, mientras se preparan otros cortes hacia el interior.

(1) Con las islas Elobey y el territorio del rio Muni, que les disputa Francia. (N. del T.)

II. – EN EUROPA

¿Es un bien esa ingerencia europea en Africa? ¿Por qué no? En el estado actual, ¿qué vemos allí desde el punto de vista humanitario?



M. Emilio Weissemburger, compañero del capitán Trivier.

Por una parte, en el Centro y en el Sur, 100 á 130 millones de negros, niños grandes de cascos ligeros, que viven al día sin cuidarse del mañana, divirtiéndose pero también riñendo unos con otros y aun permitiéndose excesos de antropofagía; en suma, teniendo absoluta necesidad de un amo benévolo que mantenga el orden entre ellos.

Por otra parte, de 20 á 30 millones de árabes ó mejor dicho de mestizos, sectarios del Islam, dominadores y tiranos de esos pobres negros, á quienes tratan como vil ganado, cazándolos como fieras y reduciéndolos á la esclavitud para venderlos al mejor postor.

Es inútil decir que se cuentan anualmente por millones las víctimas de la trata de negros. Así es que á la voz de Leon XIII y del cardenal Lavigerie, Europa trata de poner remedio á tan espantoso estado de cosas.

III. – EN AMÉRICA

En aquel continente iba á terminar el año 1889 sin incidente notable, cuando de pronto se recibió la noticia de la Revolución brasileña. ¡Un imperio, casi tan grande como Europa, poblado por 12 á 15 millones de habitantes, próspero por todos conceptos y que parecía muy sólido, se ha derrumbado en un momento, Dios sabe cómo y porqué! La República, triunfante sin disparar un tiro, nos envía cortésmente los despojos de una de sus más gloriosas dinastías, que no había podido arraigar en aquella tierra americana, hija ingrata de la Europa monárquica. Es de temer que no pare aquí todo, y que la fundación de los veintiún Estados brasileños sea el preludio de la dislocación más ó menos violenta de aquel vasto país.

(Concluirá.)